



*Ríos en la poesía (selección)*  
*En las regiones de la Universidad de Antioquia*



UNIVERSIDAD  
DE ANTIOQUIA  
1803

*Ríos en la poesía (selección)*  
*En las regiones de la Universidad de Antioquia*



**UNIVERSIDAD  
DE ANTIOQUIA**

---

**Vicerrectoría de Docencia**

*Edición Sistema de Bibliotecas*

Universidad de Antioquia

*John Jairo Arboleda Céspedes*

Rector

*Lina María Grisales Franco*

Vicerrectora de Docencia

*Luis Hernando Lopera Lopera*

Director del Sistema de Bibliotecas

Agosto de 2019

Edición

Luis Germán Sierra Jaramillo y Sergio Rodríguez Pérez, Sistema de Bibliotecas

Ilustración de portada: *Escaleras verdes*. Migdonio Antonio Chaverra. Acrílico sobre lienzo, 1,30 x 1,00 m, 2019

Impresión y terminación: Imprenta Universidad de Antioquia

Edición con fines culturales y divulgativos. Se publica el material con base en el artículo 32 de la Ley 23 de 1982, dado el carácter académico y la divulgación gratuita del presente texto.

## Presentación

El río, como el mar, pueden ser fenómenos naturales apaciguadores, que inspiran un respeto sagrado, misterioso, tal vez elevado, por parte de los seres humanos. Y ello, muy probablemente, se debe a que hombres y mujeres, quizá desde siempre, sostienen con el agua una relación de compenetración, de extraña filiación que se demuestra desde la niñez misma. En cualquier bebé, por ejemplo, existe una gran fascinación, natural, con el agua. Para muchos, también extrañamente, su primera palabra es «agua». De hecho, nadamos, antes de nacer, en líquido amniótico, que es casi todo agua. Y cuando llega la hora de nacer, la expresión más común es que la madre «rompió aguas», es decir, se rompe la bolsa que contenía el líquido amniótico donde nadábamos (quizá felices hasta ese momento).

## *Selección*

Y la poesía, claro está, tiene mucho que ver en todo esto («La poesía es la única prueba concreta de la existencia del hombre»: Luis Cardoso y Aragón). El mar, el río, las quebradas, los saltos, la lluvia, en una palabra, el agua, están en casi todos los poetas y en muchos poemas. Existen no pocas antologías que reúnen textos alusivos a los ríos del mundo, históricos y no, importantes y no, en los países ricos y en los países pobres.

La presente es una selección de textos sobre ríos colombianos y, más concretamente, ríos que pasan por los territorios donde se encuentran las sedes de la Universidad de Antioquia: Turbo, Apartadó, Cauca, Puerto Berrío, El Carmen de Viboral, Sonsón, Andes, Santa Fe de Antioquia, Amalfi, Segovia, Yarumal y Medellín, que contiene, como es de esperarse, descripciones, loas, reclamos, preguntas, teatralizaciones (hablan los ríos), ironías y actualizaciones (a algunos de ellos los han convertido en cloacas y otros —o los mismos— arrastran

cadáveres de personas asesinadas en la sucia guerra que se libra en casi todo el territorio colombiano). No es, entonces, exclusivamente, un canto sublime a los ríos, a sus aguas caudalosas y bellas. Que tienen, como cualquier persona, memoria, y cobran duramente el daño y las desviaciones que sufren, buscando su cauce. Desbordamientos, inundaciones, catástrofes humanas y físicas es el cobro a la insensatez y a la codicia, muchas veces de gobernantes y constructores.

Los ríos Porce, Nus, Magdalena (hay aquí dos poemas al río Yuma, que es como llamaban los aborígenes al Magdalena), Atrato, Aures, Cauca, San Juan, Urrao y Medellín son algunos de esos ríos que refrescan los territorios en los cuales se asienta la Universidad.

Los textos al río Medellín son dos prosas, una de Tomás Carrasquilla y otra de Pablo Montoya, dado que no encontramos poemas, propiamente dichos, dedicados al río Medellín.

## *Selección*

Es una antología imperfecta, sin duda, como casi cualquier antología, pero los textos que incluimos, tanto de autores reconocidos, como de otros que no lo son (todos colombianos, pero no todos antioqueños), relucen por su autenticidad, algunos son bellamente poéticos, otros risueños e irónicos, otros duros y actuales y críticos. Todos pertenecen a escritores de probada permanencia y de probada calidad.

En la importante y placentera tarea de recolección de poemas (eran más de los que quedaron, pero había un límite) también participaron la profesora María Stella Girón López y los coordinadores de las bibliotecas de las sedes regionales de la Universidad de Antioquia. A todos ellos muchas gracias.

*Luis Germán Sierra J.*

## **Sarta del río Cauca**

Bajábamos —mi caballo y yo— dos veces al año hacia el río Cauca.

De las altas montañas bajábamos y al amanecer divisábamos el río entre piedras negras y palmeras y era una gran alegría ver este río.

Viajábamos de noche con la luna de agosto y con las lluvias de enero en enero.

Pero mi caballo se sabía el camino de memoria o lo inventaba,

Él que veía —porque yo no veía nada—.

Yo tenía trece años, mi caballo tenía cinco; éramos muy jóvenes para andar solos por ahí.

Qué amigazo era mi caballo, más inteligente y más instruido que yo,

Y sin embargo era yo el que llevaba las riendas del freno,



## *Selección*

Solo por ser el hijo del dueño del caballo, como siempre sucede.

Pero yo le ofrecía pedazos de panela en mi mano, mirándolo de frente,

Y nunca cometí la torpeza de vaciarle una botella de cerveza en la testa coronada por sus dos nerviosas orejas.

Yo lo llamaba por su nombre y apellido y él venía a mí con un suave trote amoroso,

Subiendo desde el fondo de la cañada donde la bruma no se levantaba aún, dormida sobre los pastizales de yaraguá, grises y constelados de rocío a las seis de la mañana.

Durante el viaje, yo le recitaba a mi caballo todos los poemas de Porfirio Barba-Jacob, los cuales se esparcían por las desiertas montañas.

No recuerdo ningún comentario de mi caballo acerca de los poemas, pero si yo dejaba de recitar, él se detenía.

Por supuesto que antes de salir yo había bañado mi caballo,  
Lo había tenido conmigo en el patio de atrás de la casa,  
dándole de comer dulce caña picada, aguamiel con salvado, bananos partidos,  
Y lo había peinado, acariciado, dándole palmadas en las ancas,  
Con cepillos de raíz le había alisado el pelo y con un peine de cacho le había peinado cuidadosamente la crin y la cola  
Y había revisado los aperos: la alfombra roja para el lomo, el freno limpio, la cincha suave pero firme, la montura adornada con grabados y bollones, los estribos de cobre labrado, los zamarros de piel, mi sombrero de fieltro. Mientras no me calara aquel sombrero, el caballo no entendía que pudiésemos partir.  
Mi padre miraba todo muy despacio y muy serio

## *Selección*

Y si no había ninguna falla aprobaba con la cabeza.  
Yo sé que ese caballo dejó de existir hace mucho tiempo  
y que yo le sobrevivo injustamente.  
Era un caballo de largas crines, llamado don Palomo  
Jaramillo.  
El río Cauca no sabía nada de eso porque venía de muy  
lejos, de las tierras llanas,  
Tan sereno, tan colmado de grandes peces  
—entonces—  
El río que había pasado por sus orillas donde negros  
bebían en quioscos de palmiche,  
Vivían en chozas, trabajaban, no trabajaban, peleaban  
entre sí con larguísimas peinillas de acero inoxidable,  
marca Corneta,  
Negros que habían vertido su sangre en el río, su sudor,  
sus lágrimas,  
Que celebraban el sábado en los puertos, cada puerto  
con su estación del ferrocarril y esas botellas verdes

de Pilsen para la sed, para las ganas de beber, para el coraje de pelear.  
A la altura de Anzá las turbias aguas del río se cruzaban en canoa, llevando de la brida a mi caballo para que no se ahogara.  
Nadaba pesadamente el caballo, pero tenía mucha resistencia a las aguas impetuosas.  
Mi caballo me vio tomar aguardiente, no dijo nada.  
Me llevó borracho a casa, me acarició con el belfo, con el lado de su cabeza.  
Se paraba muy firme, me miraba fijo, me decía —Vamos.  
Al galope corría con sus crines al viento para darme alegría,  
O me llevaba con toda seguridad por los malos caminos, en aquellos inviernos.  
Desde que no tengo caballo y me veo obligado a rodar en auto, vivo completamente extraviado dentro de mi auto.

## *Selección*

Los paisajes a cien kilómetros por hora no tienen pies  
ni cabeza y no pueden decir nada porque se marean,  
Pero mi caballo sí que sabía de paisajes, era un caballo  
paisajista,

Un caballo de un solo caballo, pero más majestuoso  
que el Rolls Royce de la reina.

El río más bello del mundo es el primer río, donde nos  
bañamos desnudos,

Y los demás son los otros ríos, así como las otras  
mujeres, y los otros amigos.

Si el río Magdalena no me dijo nada cuando yo estaba  
muchacho, ya para qué me habla; que no me hable.

Yo tuve una larga conversación con el río Cauca y me  
lo dijo todo,

Todo lo mismo que hubiera podido decirme el río  
Magdalena,

Pero el río Cauca me puso la mano en el hombro y me  
habló al oído

Y el río Magdalena no me gusta porque habla a gritos.  
Yo fui con mis amigos al río Cauca y lo atravesamos a  
nado, en Anzá, en Cangrejo, Tulio Ospina, La Pintada,  
Cali,

Pero yo no he atravesado a nado ningún río Magdalena.  
El río Magdalena me quiere ahogar, quiere hacer olas  
y taparme, si me pone un brazo encima me aplasta.  
Temo mucho del río Magdalena.

Por las orillas del río Cauca me paseaba como un rey  
en su baraja.

En el puente de Bolombolo me atuve a conversar con  
gentes que pasaban, con un amigo, con la noche  
solitaria.

El puente de Bolombolo desaparecerá bajo las aguas  
de una presa,

Y con él todas las casas y las grandes bodegas de techo  
de cinc.

Sólo el nombre de Bolombolo perdurará en los poemas  
de León de Greiff,

## *Selección*

Quien tuvo el privilegio de ver nacer el puerto, cuando  
se construía el ferrocarril.

El olor de la hulla desapareció con los trenes, sólo  
quedan las putas

Que pronto desaparecerán bajo las aguas de la presa,  
con los billares patas arriba, los restaurantes de  
caliente sopa, y mi revólver de inspector de policía.

Por el puente de Bolombolo perseguí a un bandido una  
noche, el bandido se arrojó al río, hice un disparo al  
aire para poder ir a tomar cerveza con el teniente y  
conversar del asunto.

Agua del río Cauca,

En lindos vasos de cristal te bebo ahora, un poco  
amarillenta, seguramente no muy bien purificada.

Si mi caballo te bebiera se moriría de repente.

*Jaime Jaramillo Escobar*

## **Relato de Erik Fjordsson**

*A Ramón Antigua*

Yo río  
de tus cóleras inútiles, ¡oh Río,  
oh tú, Bredunco, oh Cauca, de fragoroso  
peregrinar por chorreras y rocales  
—atormentado, indómito y bravío—  
y de perezas infinitesimales  
en los remansos de absintias aguas quietas, y de lento  
girar en espirales,  
y de cauce limoso!  
¡Oh Cauca, oh Cauca Río!

Yo río  
—Yo, Río—  
de mi pequeña inmensidad ante la enorme pequeñez,  
Naturaleza,



## *Selección*

Naturaleza, ¡de tu símbolo!

Naturaleza..., oh Tú:

¡solo, solo eres grande, solo, cuando en aleaciones

tus vastas masas fundes con las irradiaciones,

¡con las irradiaciones diminutas

de los cerebros y de los corazones!

¡solo, solo en alquimias por fábricas del cerebro

—con ácidos del corazón y con sales intelectuales—

¡Naturaleza, vales...!

Naturaleza..., oh Tú:

pues sola, o con las necias Muchedumbres,

otra cosa no eres,

otra cosa no eres diferente al paisaje de cromo,

relamido —decoración patética del idilio barato—,

otra cosa no eres

sino la dulzarrona hidromiel vertida por azumbres,

pretexto a describientes fluencias del mulato

(«mulato intelectual», o cuarterón letrado) en un soneto

o en cien sonetos, o en un tomo

—de inspiración y de emoción, o flato,  
desde la boca hasta la fin repleto...—

Y aquí —donde se sigue— dudo que entienda el romo  
(ni acullá):

¡siga, siga la danza, siga  
la zarabanda, la tarantela, siga la giga!  
¡borbolle su risota la gente abderitana:  
¡Don Ruin, Don Babilano, Don Zascandil, Don  
Pingüino, Don Zote...!

¡chille hasta reventar pan-beocia enemiga!  
¡la tribu de azagaya y de garrote,  
de *boomerang*, de chuzo y cerbatana!  
¡trinca de tomahawk y de virote!

Yo río

—Yo, Río—

¡yo río de tus cóleras inútiles, oh tú, Bredunco, oh  
Cauca!

¡y río de tus odiseas siempre iguales,

*Selección*

y río de tu clamoroso vocerío,  
y río de tu vozarrón medrosa y rauca!  
Yo río  
de tus cóleras inútiles y de tus odiseas siempre iguales  
—y sin Calypso y Circe y Nausicaa y las  
Sirenas y sin el mismo Odiseo:  
apenas con Penélope paciente  
hilando y rehilando tu monótona corriente...—

Yo río  
¡Yo...! —fallido Odiseo, fracasado Sindbad, viking de  
río—

(Erik Fiúrson, nieto de Leif —hijo del Roso  
Erik, que descubrió Vinlandia un día!—)  
Yo río. ¡Yo!, de tus odiseas siempre iguales...

mas no del canto maravillante, maravillado, maravilloso,  
que concierta tu deslizar saudoso  
con mis saudades monotonaes,  
con mi caliginosa monodía,

y con el áspero y monótono zumbar del viento  
por los matorrales,  
por las palmeras, y contra mi pecho veloso  
—Erik, nieto de Leif, nieto del Roso  
Erik, ¡que descubrió Vinlandia un día!—  
cuando, sobre el esquife, rompo tu veste, rompo tu  
veste, undoso  
Cauca (undoso, undoso y ávido de mi cuerpo, delante  
mi ominoso  
sacrílego surcar tus aguas virginales  
inducido por fuerzas ancestrales,  
yo —¡muy venido a menos zarco viking tedioso...!)  
Yo río  
—Yo, Río—,  
yo río de tus cóleras inútiles, ¡oh tú, Bredunco, oh  
Cauca!  
y río de tus odiseas siempre iguales,  
y río de tu clangoroso vocerío,  
y de tu vozarrón medrosa y rauca!

*Selección*

Pero tu canto, ¡pero tu canto!, pero el maravilloso,  
¡maravillado, maravillante, pero el maravilloso  
canto!

—como dos temas que se entretujan y se esquivan  
y se huyen y eluden y luego se alían: noble Fuga—.

Pero ese canto maravilloso  
que concierta tu deslizar saudoso  
con mis saudades lentas  
(que su morbo cultivan  
y paseanlo a lomo de tortuga),  
con mis saudades lentas,  
con mi locura (¿es esto, Baruch?) y con el signo fatal  
que unció al hastío  
mis audacias violentas,  
mis ambiciones irredentas,  
y ese abolido Imperio Fabuloso

que yo soñara..., que sueño aún..., y que no será mío...  
—¡ni de nadie!—

¡ese canto, nuestro canto enatío,  
nuestro canto es la Música, oh Río,  
y lo demás es solo vocerío,  
es solo vocerío,  
¡vocerío...!

*León de Greiff*

## El río

No tiene leyendas como el Rhin, ni sacros misterios como el Ganges; genios y ondinas desdeñaron sus aguas; ningún poeta le ha dedicado estrofa; para nada le mencionaron las tradiciones mentirosas; la horda primitiva que trasegó por sus márgenes no le consagró siquiera la más salvaje de sus admiraciones; la superstición y los agüeros del alma castellana jamás forjaron a su costa ningún espanto ni de diablos azufrosos ni de ánimas en penas.

El Aburrá es un humilde, un ignorado, un agua sin nombre. Como los buenos y sencillos, trabajaba en el silencio y en la oscuridad. Y trabaja; ¡Dios lo sabe! Él riega y fertiliza los campos de esta Villa que quiso darle un nombre; él recoge, para abonar a su paso las tierras labrantías, cuanto asquea y estorba a su señora.

No fueron sus corrientes para naos ni menos velámenes. Solo las balsas rudimentarias de cañizos y los

maderos de construcción bajan, singlados y serenos, por sus ondas pausadas. No habita los fangos de sus recodos pez alguno de talla aventajada. Solo la sabaleta, tornasolada y argentina, riquísima de espinas y en sabores, agota la paciencia del pescador de caña con sus malicias y esquiveces. Ni flamencos ni garzas se pescan desde estas orillas sombreadas; pero los chorlos de Dios loquean aquí y allá, en busca del sustento, y las bandadas de patos errabundos bajan de vez en cuando en busca de su muerte con estas escopetas traicioneras.

Pero si no la fauna, la flora: el písamo y el carbone-ro, el alcaparrón y el cámbulo, el arizá y la batatilla le riegan sus pétalos y su polen por entre los rastrojos de florecillas diminutas.

Baila el sauce sus ramajes desmadejados en los charcos de la orilla, mientras la cañabrava tremola en lo alto el plumón desmelenado de sus flechas.



Si no mitos poéticos ni agoreros, la realidad casi intangible de este metal por todos perseguido. Desde aquí lo arrastra en sus arenas y luego se lo desgranar en su fondo los aluviones de San Esteban y Barbosa.

Una vez enriquecido cambia de nombre como toda persona que estime sus dineros. Porce es ya todo un señor río, lleno de honores y dignidades; un río que recibe muchos tributos y atesora muchísimos valores. Mas todo esto y algo más que se omite son apenas los prolegómenos de su potencia áurea; más abajo da vértigo; no le basta ya el ser Porce: necesita ser Nechí, nombre agudo e inquietante. El Dorado, aquel delirio calenturiento de la hispánica codicia, yace encantado bajo los antros de su fondo. Mas es lo horrible que algún genio hosco y egoísta debe custodiarlo. Si algún mortal venturoso ha captado unas partículas del depósito ingente, otros han hundido en esas aguas endiabladas su fortuna, su provenir, su salud y hasta su vida.

¡Cuánta riqueza arrastrará el Nechí al Cauca; cuánta el Cauca al Magdalena; cuánta este el Caribe tenebroso!... ¡Y nosotros aquí, tan tristes, tan abatidos, tan enfermos con esta sed del oro! ¡Ah, dolor!...

Tendremos que acogernos a la poesía, hermana del hambre. Casualmente que si nos alejamos un tantico de La Villa, toparemos el río como en sus tiempos mejores: bosquecillos discretos de guayabales y suribios, matorrales de juncos y hojasantas; senderos que ondu lan por entre la yerba, rincones soledosos de follaje, donde aletean las musas y arrullan ronco las palomas de Eros. Encantadoras orillas las de este río, que produce fiebre.

En otro tiempo, ¡oh Aburrá hidalgo! Fuiste para el medellinense consuelo en sus quebrantos, solaz en sus trabajos. Granuja que se perdiese, chicuelo que hiciera novillos, ya se sabía dónde se le hallaba. Por arriba o por abajo del puente de Colombia te invadía

## *Selección*

los domingos la estudiantina bárbara. Era una horda anfibia que trasegaba todo el día de tus ribas a tus corrientes, de tus arenales a tus bosques; de tus arenales a tus bosques; un juego de aguas y un zambullir perpetuo, entre las hartadas de naranjas y los atracones de guayabas, entre la disputa horrenda por el quesito y la panela.

Aún recuerdo los viejos con delicia retrospectiva, las tandas de damas mañaneras del copete que subían muy frescachonas San Benito arriba, la cabellera al aire, terciado el pañolón, bajo los dombos protectores de sus sombrillas. Seguíanlas sus fámulas, portadoras de las ropas acuátiles, encarrujadas con la escurrida.

Pero ¡oh río manso y hospitalario! Lo que es gente ¡no volverás a remojar junto a tu Villa!

La edificación urbana ha invadido tus dominios, y los trenes ferroviarios te pasan por la cara. La policía de la civilización no admite en tu regazo ni paños a la

griega ni olímpicas desnudeces. Sus trajes de paraíso se los reserva para centros más cultos.

Frente a tu señora no podrás hacer tus contorsiones ni correr por donde quieras. Tus bancos de arena, tus serpenteos, los dejas para afuera. Aquí te pusieron en cintura, te metieron en línea recta; te encajonaron, te pusieron arbolados en ringlera. Has perdido tus movimientos, como el montañero que se mete en horma, con zapatos, cuello tieso y corbatín trincante. Mas nunca faltarán tus riberas ni poesía ni hermosura: que por mucho que te dañen la simetría y el confort urbanizadores, nunca podrán avasallar del todo el desgaire armonioso de tu gentil naturaleza. Siempre se oirá a Pan en tus orillas; siempre tributarás tus oros a los pulpos y monstruos submarinos.

*Tomás Carrasquilla*

## **El río Medellín**

Tomás Carrasquilla precisaba, en 1919, que el río de Medellín era demasiado insignificante. Nada de leyendas, ni misterios. Nada de tradición heroica, ni superstición alguna forjada por estas aguas. Un «río humilde, un ignorado, un agua sin nombre», dice Carrasquilla. Un río no miserable, ni mezquino. Solo un río fútil. Pequeño. Insulso, si se piensa en otros más estruendosos en faenas comerciales y bélicas. El de Carrasquilla, sin embargo, pasa por Medellín con un sonsonete bucólico que ahora, a inicios del siglo **xxi**, parece no irrisorio sino increíble. Luego, se sabe, el río Aburrá entonces, río Medellín ahora, se vuelve Porce y después Nechí. Un río de oro, de codicia y de muerte. «Cuánta riqueza arrastrará el Nechí», dice Carrasquilla nostálgico de una riqueza minera que él y su familia gozó, pero cuya mayor parte se iba para otros lados. Con todo, su río se recuesta en la poesía

para querer nombrarlo. Las palabras que se utilizan son sonoras como lo son los seres que frecuentan ese cauce. La sabaleta, los chorlos, el písamo y el carbonero, el cámbulo y el arizá, el alcaparrón y la batatilla. En el río de Carrasquilla, merced a la evocación agreste, merodean musas y revolotean por ahí unas curiosas palomas de Eros que favorecen la desnudez deliciosa. Y en sus orillas hay, hubo, es posible que jamás haya, «juego de aguas y un zambullir perpetuo entre hartadas de naranjas y atracones de guayabas». Carrasquilla se queja, además, de la manera como el urbanismo encarceló al río. «Aquí te pusieron en cintura, te metieron en línea recta; te encajonaron, te pusieron arboladas en ringlera». Pero pese a este rasgo de fea modernidad, el río que pasa por el Medellín de Carrasquilla es optimista. Y tanto es el peso de su musa poética, escapada del caudal, que el escritor cree que siempre se oirá a Pan en esas aguas capaces de tributar «oros a pulpos y monstruos submarinos».

## *Selección*

El tiempo ha transcurrido y el río de Carrasquilla, ¡ay!, no pudo permanecer entre nosotros. Todo paso del tiempo genera transformaciones. Pero estas en Medellín han sido impulsadas por una fuerza caótica por no decir destructora. El río es un espejo turbio donde tales mutaciones históricas son imposibles de ver en su cauce de podredumbre. El río se nos volvió mortaja y mierda a causa de un progreso que ha sido insensato, torpe, tiránico, sucio, industrial, reaccionario. Hace muchos años Eros y su comitiva de ninfas montañeras salieron empelota corriendo despavoridas hacia todas partes. Hacia Bello, Copacabana y Girardota, asediado el cauce de químicos de curtimbres y espumas venenosas. Hacia Caldas y Santa Bárbara, igual camino de porquería. Hacia la Iguaná, la Playa, la Ayurá, botellas, neumáticos, perros y hasta caballos destripados bajan siempre por esos afluentes tristes. Y aquel Aburrá hidalgo suena a todo lo que puede sonar una palabra pronunciada frente a

estas riberas cochinas: a risita o risotada. Vergüenza horizontal. Serpenteo de ignominia. Y cuando abre la boca o remueve su intestino, sus alrededores gimen de una guisa semejante al espanto. Dulce olor a miasma, escribiría uno de los poetas de la generación basura, o cantaría unas de esas agrupaciones roqueras de ahora que se hacen llamar kaos, desasosiego, antitodo. No desconocen ellos, como buenos expresionistas, que hasta la mierda es objeto de canto. Y por qué no. Si Homero surge de la matanza de miles de aqueos y troyanos. Si una parte de la Biblia de la religiosidad paranoica de los hebreos. Si de las alcantarillas de París brota *Los miserables*, uno de los monumentos de las letras decimonónicas. Por qué no esperar que el río Medellín regurgite algo similar. Ilusoria esperanza. Pero esperanza, al fin y al cabo. Un río de podre insignificante convertido, por el artificio del elegido, en joya literaria.

*Pablo Montoya*



## **En el río Magdalena**

Fulge del río el agua plañidera  
y un roble ya decrepito y sombrío  
que se está deshojando en la ribera  
mira rodar sus hojas en el río.

¿Qué importa al roble aquel que Fora vuelva?  
No reverdecerá... Seco y a solas,  
aquel titán —despojo de la selva—,  
seguirá deshojándose en las olas.

¡Oh roble, hermano mío! Ribereños  
somos dos raudales que en su huida  
arrastran: uno, llanto, el otro, leños...

Yo también con el ánimo rendida  
mirando estoy el polvo de mis sueños  
rodar sobre las tumbas de la vida.

*Julio Flórez*

## **Al Magdalena**

¡Oh, rey, de las florestas que como manto rubio  
en el revuelto légamo explayas tu corriente!  
Te adoraría el Indus y te ensalzara el nubio  
si tus ondas bulleran bajo su sol ardiente.  
Si en tus aguas no abreva simbólico elefante  
a ti en serenas noches viene el jaguar sombrío,  
y meces sus pupilas y el cielo rutilante  
donde los astros tiemblan cual si tuviesen frío.

\*\*\*

Yo te amo porque adoras la libertad sin lindes,  
y tienes la belleza salvaje de la vida;  
porque bajo las ramas de tus inmensos lindes  
sopla un hálito fresco que a reposar convida.

\*\*\*

*Selección*

Tu cielo es un cimborio de blandas claridades,  
azul casto y fluido donde tu dios domina,  
y con reflejos de ámbar tus verdes soledades,  
al declinar la tarde, magnífico ilumina.

*Max Grillo*

## **Los otros**

—El Porce acusa—

Detén tu paso  
que el camino espera,  
y escucha la voz  
de mi constante fuga:  
soy el Porce:  
fronda de pálidas espumas  
cuando estrello distancias  
en las rocas.

Soy el Porce,  
y hasta mí llegaron  
con sus dientes de metal  
sonriendo sangre;  
aquí decapitaron  
humildes barqueros  
sin otra ilusión que sus bateas;

## *Selección*

campesinos calcinados  
por soles infernales  
y madres taciturnas  
clamando por sus hijos.

Cuerpos devorados,  
minuciosamente masticados  
por sierras iracundas,  
flotaron por mi piel  
de turbio espejo:  
órbitas vacías  
interrogantes ojos...  
eran brazos y piernas desollados  
desfilando por mis aguas  
como una sucesión de peces rojos.

Libres, vergonzosamente libres,  
disfrutando un ámbito  
de verde complacencia,

iban y venían  
por pueblos y veredas  
conjugando cruces,  
abreviando vidas,  
sepultando patria.

Libres, increíblemente libres,  
marchando complacidos  
obligando voluntades,  
comprando las conciencias  
y feriendo autoridades  
que en vil genuflexión  
besaban las lentejas.

Luego se iban por la tarde  
eructando su gangrena:  
aire fétido que fluye  
la fosa común  
de sus memorias...

*Selección*

porquerías escritas en mi agenda  
por el viento que los odia  
y el sol que los acusa.

*Alberto Ibarbo Sepúlveda*





*Selección*

alzados  
ante las claridades celestes de tu cuerpo.

Y tú persistes en llevártelo todo  
pues vete  
vete con estos frailejones nacidos en tu frente  
recuerda que tu canto viene desde su aroma  
y regresa  
aunque en ello te vaya  
el desmadre de tu desbarrancamiento.

Al alba  
un fraile canta  
una salmodia  
por nosotros.

*Hernán Tello*

## **Nacimiento del río Magdalena**

¿Y así que este hilo blanco  
Es el río Magdalena?  
Inocente, sin reses ahogadas  
En invierno, ni bohíos arrastrados  
En sus aguas cenagosas.  
¿Y así que esta balbuciente lengua  
Como pequeña cimitarra  
Es el río Magdalena?  
Cautó, sin hombres muertos  
Navegando entre dos nadas  
Y una alta corona de pájaros negros  
Sobrevolándolos como tristes aureolas.  
Solo es un hilo. Ni siquiera  
Ha besado piedras pulidas por el tiempo,  
Esas piedras formadas de paciencia.  
¿Y así que este leve punzón de agua

*Selección*

Es nuestro ágrafo río  
Que aún no escribe pajonales y muchachas,  
Ancianas con parihuelas de bahareque  
Recogiendo con las cuencas de las manos su reflejo?  
¿Y así que de este secreto  
Nace el río Magdalena?  
Pobre río lejos de pueblos y ciudades:  
No sabe lo que le espera.

*Juan Manuel Roca*

## **Canto al Atrato**

Te hablo aquí, de la ciudad bañada  
por tu espesa corriente aletargada  
en la quietud profunda de un remanso...  
De la ciudad que a ti se inclina, como  
si se inclinara sobre el ancho lomo  
de un gran león adormecido y manso.

¡Qué hermoso eres! ¡Bajo el palio inmenso  
del cielo occidental, por entre un denso  
cortinaje de selvas invioladas;  
ebrio de ensueño, pleno de infinito;  
saludado en tu marcha por el grito  
de las hirsutas fieras asombradas;  
vas recorriendo la región ceñuda  
que circuyen las crestas de los Andes,  
sin un solo rumor, con una muda  
profundidad, como las almas grandes...!

## *Selección*

Sus tempestades tienen al Amazonas  
que rompe cascadas y desgarras lonas,  
corre el Sinú con vigoroso aliento;  
el Cauca impulsa su caudal violento;  
ruge el San Juan entre peñones altos,  
y arrastrando su clámide de arena,  
como un bravo corcel el Magdalena  
su paso altera con rebeldes saltos.  
Tú, no... Ni el banco traicionero y fuerte,  
ni hondo remolino en que la muerte  
acecha en espirales de culebra;  
ni la ola rabiosa que se quiebra  
contra la roca, inmovible y dura...  
Tranquilo y suave y apacible y lento,  
pasas como un sencillo pensamiento  
por una mente inmaculada y pura.

El cielo se ennegrece: nubarrones  
inmensos, llegan en oscuro enjambre

como águilas que buscan en legiones  
con qué saciar los ímpetus del hambre.  
Rompe la lluvia su ánfora crujiente,  
rebrama el huracán, revienta el trueno...  
Mas tú, impassible, espléndido y sereno,  
te vas hinchando silenciosamente...  
Y sigues entre espumas multiformes,  
sin voces de pavor, ni aullidos roncós,  
meciendo dulcemente los enormes  
cadáveres de ramas y de troncos.

Es la mañana... Su primer reflejo  
al esparcirse en tu caudal profundo,  
te torna en un maravilloso espejo  
donde pudiera contemplarse al mundo.  
Mas si la brisa a acariciarte llega,  
tu seno en una convulsión se pliega,  
tiembla y se arruga sin cesar tu cara,  
y ondulas y te agitas y estremeces,

## *Selección*

como si a flor de agua palpitara  
toda tu enorme multitud de peces.

Es la hora triunfal del mediodía:  
Fulge el sol como un ascua abrazadora.  
Arde la tierra. En la región bravía  
nada turba el reposo de la hora...  
Tan solo en la callada lejanía,  
donde se inclina por besarte el cielo,  
rema con lentitud una canoa,  
fija en el puente la anhelante proa,  
como un dolor en busca de un consuelo...  
Y en medio tú del cálido bochorno  
brillas bajo la bóveda escondida,  
como cinta de plomo derretida  
entre la intensa claridad de un horno.

Es el ocaso. ¡El sol, en su agonía,  
al trasponer su trágico lindero,

te convierte en único heredero  
de los tesoros de su pedrería.  
Y vierte sobre ti sus ideales  
racimos de fantásticos corrales,  
los esplendores del «topacio gualda»,  
el fulgor del zafiro somnoliento,  
la suavísima luz de la esmeralda,  
y el llanto rojo del rubí sangriento...!

Y así con rumbo perezoso y blando,  
bajo las brisas que tus ondas peina,  
te ocultas en la noche, fulgurando  
como el cofre de alhajas de una reina.

Y eres, cuando el misterio de la luna  
derrama en ti su luminoso lampo,  
como una inmensa y pálida laguna  
en la infinita soledad del campo.



## *Selección*

La ciudad duerme. Místico momento  
del rito nocturnal. Nada se escucha...  
La selva calla... Se ha apagado el viento...  
En una lejanísima casucha  
un trémulo fulgor apenas brilla.  
Y los árboles altos de tu orilla  
al destacarse en el confín incierto,  
fingen en mis fantásticos delirios  
unos enormes y dolientes cirios  
al pie del lecho de un monarca muerto.

Entonces solo, ante la extraña magia  
de tu encanto nocturno, el alma mía  
no sé por qué se llena y se contagia  
de toda tu ideal melancolía.  
Y acude presuroso a mi memoria  
el drama inútil de mi propia historia:

Todo lo que pasó, mi fe de niño  
pura como un cristal radiante y terso,  
mi amor primero, mi primer cariño,  
la tierra ausente y el hogar disperso.  
Y ante la luz con que tu faz revistes,  
pienso en una mujer de hondas pupilas  
como tú, grandes, como tú, tranquilas,  
y como tú, divinamente tristes...

¡Adiós!... Te hablé de la ciudad bañada  
por tu espesa corriente aletargada  
en la quietud profunda de un remanso...  
De la ciudad que a ti se inclina como  
si se inclinara sobre el ancho lomo  
de un gran león adormecido y manso.

*Carlos Mazo*

## **Aures**

De peñón en peñón turbias saltando  
las aguas de Aures descender se ven;  
la roca de granito socavado  
con sus bombas haciendo estremecer.

Los helechos y juncos de su orilla  
temblorosos, condensan el vapor;  
y en sus columpios trémulas vacilan  
las gotas de agua que abriga el sol.

Se ve colgando en sus abismos hondos,  
entretejido, el verde carrizal.  
Como de un cofre en el oscuro fondo  
los hilos enredados de un collar.

Sus cintillos en arcos de esmeralda  
forman grutas do no penetra el sol,

como el toldo de mimbres y de palmas  
que Lucina tejó para Endimión.

Reclinado a su sombra, ¡cuántas veces  
vi mi casa a lo lejos blanquear,  
paloma oculta entre el ramaje verde,  
oveja solitaria en el gramal!

Del techo bronceado se elevaba  
el humo tenue en espiral azul...  
La dicha que forjaba entonces el alma  
fresca la guarda la memoria aún.

Allí, a la sombra de esos verdes bosques  
correr los años de mi infancia vi;  
Los poblé de ilusiones cuando joven,  
y cerca de ellos aspiré a morir.

Soñé que allí mis hijos y mi Julia...  
¡Basta! las penas tienen su pudor,

## *Selección*

y nombres hay que nunca se pronuncian  
sin que tiemble con lágrimas la voz.

Hoy también de ese techo se levanta  
blanco-azulado el humo del hogar;  
Ya ese fuego lo enciende mano extraña,  
ya es ajena la casa paternal.

La miro cual proscrito que se aleja  
ve de la tarde a la rosada luz  
la amarilla vereda que serpea  
de su montaña en el lejano azul.

Son un prisma las lágrimas que prestan  
al pasado su mágico color;  
Al través de la lluvia son más bellas  
esas colinas que ilumina el sol.

Infancia, juventud, tiempos tranquilos,  
visiones de placer, sueño de amor,

*Ríos en la poesía*

heredad de mis padres, hondo río,  
casita blanca...Y esperanza, ¡adiós!

*Gregorio Gutiérrez González*

## **Acuarela**

Como una cinta de cristal bruñado  
el Cauca por el valle serpentea,  
dilatando en sus aguas cristalinas  
el rítmico vaivén de las palmeras.  
Los guaduales se esfuman a lo lejos,  
como abanicos de flotante seda,  
y sus matices claros desvanecen  
el oscuro verdor de las praderas.  
Y en la penumbra tibia del paisaje  
se mezclan los perfumes del bosque  
con el calor que de la tierra brota.  
Y un hálito de anhelos y de amores  
hace hermanar el alma con las flores  
en el sopor que en el ambiente flota.

*Isabel Lleras Restrepo*

## **¡Oh! Liboriana!**

Eres hija del imponente cerro  
y bajas sus laderas serpenteando  
como hilillos de plata que se esfuman  
entre rocas y espumas de campo

Hacen guardia de honor en tus orillas  
los guayacanes y ceibos florecidos  
los trinos de las aves mañaneras  
y la silueta cobriza de los búcaros

Las garzas, con el sol naciente  
descienden hasta el Cauca en raudo vuelo  
y en las tardes engalanan tus recodos  
batiendo sus alas al vaivén del viento  
Paisanos queridos de mi pueblo  
en ti buscaban el fugaz descanso



## *Selección*

levantando sus carpas junto al fuego  
disfrutando de tu música y tus charcos

Cuántas veces mirando en tu ribera  
el verdor de frondosos cafetales,  
sentada a la vera del camino,  
hilaba nostalgias y ansiedades

Las nubes plumizas han llorado  
y sus lágrimas vertidas desde el cielo  
han despertado tu indolente furia  
segando vidas y arrasando sueños

Tus aguas cristalinas ya no invitan  
como antes a jugar entre tus charcos  
han cubierto de lodo las aldeas  
y han sembrado por doquier dolor y llanto

Así como renuevas tu corriente,  
ese pueblo de pujante raza,

cerrarás las heridas que has dejado  
y a tu vera florecerá de nuevo la esperanza.

*Falira Londoño Santamaría*

## **Río Magdalena**

De un páramo hilillo de alguna laguna  
surgiste plateado por hebras de luna  
y se fue ensanchando tu raudo caudal;  
rodaste al principio silencioso y manso  
copiaste los cielos en claros remansos  
y en limpios espejos el sol matinal

Henchido tu vientre como hembra en gesta  
rodaste del monte, la breña, la cresta  
regando maizales, sémolas de pan;  
tu frescor de linfas en los manantiales  
besaste las lianas, los verdes juncuales  
por los tremedales corraste en afán

Dejaste a tu paso curvas serpenteantes  
ceñiste oteros y noches radiantes  
barrancos bermejos bajo el cielo tui;

y como en ensueños de gracia oportuna  
copiaste en tus ondas, penachos de luna  
engarces de luna bruñidas de azul.

Desde las cimera, desde las cabañas  
desde los contornos ornados de cañas  
surgieron torrentes que en ondas de amor,  
te dieron todos sus caudales de aguas  
y botes, canoas, chalupas, piraguas  
hendieron tus ondas en horas de ardor.

Tu entraña fecunda de hembra parida  
dejó en cada orilla retazos de vida  
para ser más tarde porteña ciudad;  
mil pueblos altivos surgieron entonces  
de másculos hombres formados en bronces  
y con miedo al miedo y fe en la verdad.

*Germán Isaza Gómez*

## **La ninfa del San Juan**

El río que riega los campos andinos,  
aquel que mi cuna de niña arrulló,  
desciende armonioso de la cordillera,  
cantando... cantando su eterna canción.

Adornan sus vegas feraces plantíos,  
dora sus campiñas el oro del sol,  
retan a los cielos los montes altivos,  
sus tierras palpitan como un corazón.

De orquídeas y musgos en vivo tesoro;  
su cauce, un veneno de rico aluvión;  
sus ondas fugaces salmodian en coro  
un himno perenne de vida y amor.

Cabe las espumas del río encantado,  
a la propia orilla del bello San Juan,  
de ricos follajes y flores rodeado,  
estaba el ranchito de ña Trinidad.

Vieja lavandera que allí residía,  
sin más compañera que Clara María,  
una nietecita que no tuvo padre,  
y a quien desde niña, le faltó la madre.  
Quince años tendría la muchacha aquella,  
y era tan juiciosa como dulce y bella.  
Creció en la ribera; su amigo fue el río;  
en él se bañaba desde muy pequeña,  
entre sus rastros buscaba la leña,  
y no la arredraba su fragor bravío.  
Cuando, por las tardes, volvía de la escuela,  
lavaba las ropas con mamita abuela;  
y entre las nevadas pompas de jabón,  
fue abriendo el capullo de su corazón.

Contábale al río todas tus tristezas  
y sus ilusiones y sus alegrías...  
en él sumergía su carnal pureza,  
y en él contemplaba su agreste belleza,  
sin par en la vega ni en la serranía.

## *Selección*

¡Y el río la amaba! Con viva ternura,  
la onda cariciosa besaba su flanco,  
destilaba en perlas de la crencha oscura,  
o en locos transportes de intensa dulzura,  
se desmadejaba sobre el seno blanco.  
Con dulces endechas y arrullos alados,  
contaba a la niña su amor imposible...  
Su varia pupila, diáfana y movable,  
buceaba, con ansia su pasión terrible,  
los arrobadores ojos embrujados  
de su niña amada, de la niña bella.  
Todas sus finezas eran para ella:  
¡Locos remolinos a sus pies danzaban;  
límpidos remansos sus gracias copiaban;  
chorros irisados, rica pedrería...!  
¡El río temblaba de amor y deseo,  
como un dios en celo, como el viejo Alfeo,  
al ver los encantos de Clara María!

Era ágil su talle como el de una ondina;  
tenía una larga cabellera endrina,  
undívaga y suave como la corriente,  
y bajo la estepa de su limpia frente,  
los ojos temblaban con destellos vagos  
de dulce tristeza,  
como las estrellas tiemblan en los lagos  
cuando el sortilegio de la noche empieza.  
Voluptuosa y breve, la boca fingía  
el fruto sangriento del café maduro;  
y entre las turgencias de su cuerpo duro,  
la sangre bullía,  
floreciendo rosas sobre las mejillas,  
pálidos jazmines en el cuello airoso,  
magnolias gemelas al pecho glorioso,  
y alburas de nardo cabe las rodillas.

Lenguas murmurantes daban su conseja  
de que fue el pecado de un noble viajero...



## *Selección*

Se murió de pena la madre. La vieja  
abuelita criola con amor y esmero.  
Y los más apuestos labriegos la amaban;  
guapos campesinos su amor codiciaban,  
pero ella tan solo su pecho encendía  
al ver el moreno rostro de Ricardo,  
el primo gallardo  
que, desde pequeña, tanto la quería.  
Una tarde tibia, bajo los cafetos,  
mientras recogían el grano maduro,  
brotaron temblando los dulces secretos  
del amor, que nace como un orto puro.  
Y ante el encendido fruto carmesí,  
ambos pronunciaron el eterno ¡Sí...!

Y el río miraba... y el río escuchaba,  
y el río se moría de celos humanos,  
al ver la pareja de castos amores  
mirarse extasiados, asidas las manos,

paseando su idilio por la verde alfombra  
de musgos, helechos y frondas y flores,  
que forman su alcázar de rey soberano.

Y bajo la sombra  
de sus arrayanes y sus sietecuecos,  
refugiar su dicha. Retar altaneros,  
de sus remolinos, el vórtice avieso,  
de sus precipicios las simas oscuras...  
¡Desgajar, golosos, sus moras maduras,  
para paladear entre beso y beso...!

¡Qué extraño tormento! ¡Qué loca tortura!  
¡El río de celos estaba poseso...!  
Y una noche negra, de lluvia y tormenta,  
el San Juan, rugiendo, salió desbordado  
y, en arrolladora creciente violenta,  
arrastró viviendas, puentes y ganado...  
¡Todas cuantas vidas halló en su camino...!  
Como el carro implacable del destino,

## *Selección*

sordo a la ternura y a la compasión,  
fue sembrando estragos y desolación...

La primera presa de su saña fiera  
fue la choza humilde de Clara María,  
donde con la buena vieja lavandera  
soñando venturas la moza dormía.  
¡Gritos en la noche, clamores y llanto!  
El fragor tremendo de las aguas locas  
sofocó los tristes ayes de las bocas  
que se debatían entre olas de espantos...

Al rasgar la aurora su broche invernal,  
todos los vecinos ansiosos miraron,  
y sobrecogidos de pavor quedaron,  
al ver el desastre fatal...

Orillas fangosas, playas anegadas,  
llenas de hojarascas y de palizadas.  
Aguas turbulentas de salto bravío,  
en cuya espuma brotan de repente,

despojos mortales, inútiles y fríos,  
que, como guiñapos, lleva la corriente.  
Por doquiera, muerte, destrucción y ruinas:  
En medio del campo, como un Dios airado,  
sobre sus riberas, el San Juan, empina  
sus aguas, que fingen potros desbocados...  
Ya tarde, calmada la horrible creciente,  
el triste Ricardo con otros parientes  
buscaron los cuerpos de los ahogados,  
entre los torrentes y los remolinos,  
y todos, al cabo, fueron encontrados,  
menos la reliquia que el joven quería.  
¡Menos el cadáver de Clara María...!

¡Raptósela el río! ¡Con mucho sigilo,  
la llevó al oculto misterioso asilo  
de una recatada gruta de cristal,  
para coronarla su reina inmortal...!  
Y cuentan ahora a las gentes del campo,

## *Selección*

que en las altas noches serenas de luna  
ven sobre las aguas deslizarse una  
forma femenina de ropaje blanco.  
Etérea figura, cuyos pies no pisan,  
sino que en el aire raudo se deslizan.  
Los que la contemplan, sienten un gran frío,  
y todos la llaman “la novia del río...”.

Esos lugareños creen firmemente  
que la sombra blanca de Clara María  
vaga por las noches, misteriosamente,  
sobre los raudales que hacia el Cauca van;  
Y su alma de virgen se quedó hechizada,  
convertida en la ninfa idolatrada,  
entre los fluviales brazos del San Juan.

*Pubenza Restrepo de Hoyos*

## **El río Urrao**

*Para Eduardo Arroyabe Vélez*

Eran varios kilómetros de cielo  
líquido, andariego, azul sonoro,  
estrellas de oro vi morir en aquel duelo.  
Cielos contra las piedras frío coro.

Los sauces desde el alba como el velo  
de cabeceantes nubes; ora el foro  
ardiente, ora el santuario, ora el lloro  
de unos amantes, o un lejano vuelo.

Así anda el río Urrao, dicen que anda;  
pero, ayer lo miré, de la baranda  
del viejo puente, y tan solo era

*Selección*

y será siempre, un cielo vagabundo  
que se vino a correr a este mundo,  
a gritar y a cantar en la pradera.

*Hernando Rivera Jaramillo*

## **Al Yuma<sup>2</sup>**

Con mis cantos  
reluciente y puro vas,  
al mar inmortal.  
Déjame sumergirme  
en la frescura de tus aguas  
para purificar mi espíritu  
y refrescar mi cuerpo.  
Dulce Yuma:  
ven a mi corazón.

No te vayas al mar cruel,  
ven a mi corazón, que el amor es eterno,  
ven, yo soy la bella princesa Furatena.

Indios paeces o nasas, Colombia.

.....

2 Yuma es como llamaban los aborígenes al río Magdalena.



## **El río Urrao**

Este río lo siento porque deja  
sus armiños de espuma en la alquería,  
porque escribe con gotas la armonía  
para el arpa del monte que se aqueja;

porque teje cantando la madeja  
del maizal que se empina bajo el día;  
porque nutre amoroso la ambrosía  
que el jardín endereza hasta la abeja;  
porque acuna la espera del labriego  
—tras el rito de siembra en manso ruego—,  
con un beso de savia repetido;

y también, porque en nubes augurales,  
eterniza sus aguas paternales,  
más allá de la muerte y del olvido.

*Lázaro Vélez Cossio*

## **Río Nus**

Pedazo de luna, destello de luz  
fuente cantarina tú, mi río Nus.  
Cruzas la montaña y el valle al andar  
y es cual serenata tu lindo cantar.

De lejos te admiro y de cerca al pasar  
si viajo a la villa vuelvo a regresar,  
y fiel en tu cauce te adorna la arena  
y al verte medito y mitigo mi pena.

Quién como tú pudiera hoy estar  
sin temor ni duda de ir a naufragar  
tú que sí conoces en tu recorrido  
la suerte de aquel desaparecido.

El azul y la plancha se pierden de vista  
y con magia divina llevan al turista.

*Selección*

Tú sigues la ruta sin señal de pare  
para despedirte cayéndole al Nare.

Naces tan divino con rayas de cebra  
formando cascadas arriba en la quiebra  
cruzas las montañas y cuantos senderos  
y le das turismo al lindo Cisneros.

*Jesús Evelio Ospina Ospina*

## **Relato de Gunnar Fromhold**

Oh fulvo río Nus, ululante, roqueño,  
oh río en el que el ojo clava su ardiente jade:  
—del tren al caligíneo hervor— al ser transido  
frente de ti, tu salvajez invade.

Oh río en el que el ojo clava su ardiente palpo,  
túrbido Nus, cuando la tarde hosca fenece:  
—del tren al caligíneo hervor— al ser atónico  
frente a tu salvajez se alza y se crece...

Río, en tu orilla un viking la ceniza  
vil de tus oros persiguiera..., en balde,  
medio siglo empeñose en horra búsqueda:  
¡de azar, apenas...! ¡no de cieno jalde!  
Río, ¡en tu orilla un viking la ceniza  
vil de tus oros persiguiera...! Oh Nus,  
oh Nus de oros ilusos —como el Nare y el Porce  
para el viking de ojos de fabuloso azul!

## *Selección*

Soy cansado epígono de su raza soberbia:  
en mí su fuerza y su osadía, en mí su gesto  
desdeñoso, y el fuego frío de la aventura,  
¡y el corazón en ascuas bajo el glacial asbesto!  
Soy cansado epígono de su zahareña estirpe:  
en mí su orgullo y su hosquedad y su acerbía:  
y en mis ojos su sed de odiseas refulge,  
¡que en ficciones resuelvo y en fugaz fantasía!

Y ¿a dónde irá mi espíritu sin rumbo?  
¿Dónde está el fin de mi viaje evasivo?  
Biznieto de ese viking, no busco ningún oro:  
la ambición me es extraña, y al acaso derivo...  
Y ¿a dónde irá mi corazón exórbite?  
¿Dónde el aduar y la tienda radiante  
y la endrina gacela de alucinados ojos,  
de boca enardecida, de regazo odorante?

¿Dónde está el fin de mi viaje evasivo?  
¿Y en cuyo acantilado destrizarán mi leño  
la furia de los ávidos vientos vertiginosos  
y mi deseo ilímite y el desbridado ensueño?  
¡Al acaso derive...! ¡Y azar y azur me roben!  
¡Azar y azur me traigan! ¡Azar y azur me lleven!  
¡Al caso discurra...! Y en hórridas héjiras  
cruce los arenales que los vientos se beben!

Al acaso. Sin rumbo. Sin fin. Y sin objeto.  
¿Cuál ambición más amplia que errar como las ondas,  
vagar como las nubes, girar como los astros:  
locamente..., o regido por mecánicas hondas?  
Al acaso. Sin rumbo. ¿Y hacia un amor emproro?  
¿Yo ansío esa gacela que mi ser adivina,  
yo busco esa gacela que mi ensueño conoce...?  
Yo te he de hallar, gacela ruborosa y felina...

*Selección*

Oh fulvo río Nus, ululante, roqueño,  
oh río en el que el ojo clava su arpón buido...  
—del tren al caligíneo hervor— la mente en fuga,  
frente de ti se exalta con tu fiebre y tu ruido...  
Y ¿a dónde irán, mi espíritu errabundo,  
mi corazón pirata, mi acerbía, mis sedes?  
Y ¿a qué saberlo, oh viking, si el rumbo más extraño  
la Rosa de los Vientos lo capta con sus redes?

Al acaso. Al acaso. Y hacia qué albur navego...?  
Soy cansado epígono de una estirpe del mar:  
¡en mí, insurrectas baten alas emigratorias,  
comban sus vientres velas encinta del azar...!

*León de Greiff*

# Índice

Presentación	
<i>Luis Germán Sierra J.</i> .....	3
Sarta del río Cauca	
<i>Jaime Jaramillo Escobar</i> .....	7
Relato de Erik Fjordsson	
<i>León de Greiff</i> .....	15
El río	
<i>Tomás Carrasquilla</i> .....	22
El río Medellín	
<i>Pablo Montoya</i> .....	28
En el río Magdalena	
<i>Julio Flórez</i> .....	32
Al Magdalena	
<i>Max Grillo</i> .....	33
Los otros	
<i>Alberto Ibarbo Sepúlveda</i> .....	35
Ofrenda a Yuma	
<i>Hernán Tello</i> .....	39
Nacimiento del río Magdalena	
<i>Juan Manuel Roca</i> .....	41



## Selección

Canto al Atrato	
<i>Carlos Mazo</i> .....	43
Aures	
<i>Gregorio Gutiérrez González</i> .....	50
Acuarela	
<i>Isabel Lleras Restrepo</i> .....	54
¡Oh! Liboriana!	
<i>Falira Londoño Santamaría</i> .....	55
Río Magdalena	
<i>Germán Isaza Gómez</i> .....	58
La ninfa del San Juan	
<i>Pubenza Restrepo de Hoyos</i> .....	60
El río Urrao	
<i>Hernando Rivera Jaramillo</i> .....	69
Al Yuma. El río Urrao	
<i>Lázaro Vélez Cossio</i> .....	72
Río Nus	
<i>Jesús Evelio Ospina Ospina</i> .....	73
Relato de Gunnar Fromhold	
<i>León de Greiff</i> .....	75



# UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

Conoce todos los servicios de información y las colecciones físicas y electrónicas que te ofrece el Sistema de Bibliotecas, para apoyar las actividades de docencia, investigación y extensión de la Universidad de Antioquia.  
<http://biblioteca.udea.edu.co>